

Cómo dejamos de pagar por la música

Stephen Witt (Contra)

Descifrando el subtítulo, *El fin de una industria, el cambio de siglo y el paciente cero de la piratería*, se presenta un tostón denso y alambicado, la murga de un adusto sociólogo explicándonos cómo hemos llegado a este proceloso y querido universo digital nuestro. Sin embargo, ya desde las primeras páginas se intuye que estamos ante uno de los más estimulantes ensayos de los últimos años, una epopeya entre mortalmente seria y grotescamente bufa que cuesta soltar de las manos. Trenzando un triple relato —la crucial invención del mp3 por parte de Karlheinz Brandenburg y otros investigadores alemanes, la filtración de discos semanas antes de su publicación desde una fábrica en Carolina del Norte, y el modo en que bregó con todo ello Doug Morris, emperador de las multinacionales en los noventa— Witt perfila con dinamismo y suspense una trama visiblemente compleja que se desarrolla entre el mundo real de los negocios, y el consumidor medio, y una opaca nueva dimensión poblada por seres anónimos en la frontera tecnológica. Su bienvenido sentido del humor hace disfrutable la cascada de datos e información, convirtiéndola en trepidante aventura que detalla minuciosa y sagazmente la debacle que hizo obsoletos los CDs antes de tiempo y liberalizó la creatividad hasta la insignificancia de lo gratuito. Es una historia fascinante, que solo conocíamos superficialmente a pesar de haberla vivido ante la pantalla de nuestros ordenadores. Se inicia en los albores de Internet y documenta las ramificaciones de una comunidad que empezó compartiendo archivos y acabaría creando la mayor discoteca virtual imaginable, al alcance de solo un clic. RNS, Napster, The Pirate Bay, Oink o el salto cuántico que representó la implantación del hoy olvidado iPod, se conjugan en estas páginas con la obtusa política interna del mundo científico y la catastrófica miopía de las codiciosas discográficas. Quienes sobresalen son empero los personajes de carne y hueso, tan importantes y desconocidos hasta la fecha como Dell Glover, el afroamericano que filtró las primeras grabaciones desde la planta donde trabajaba y llegó a tener en sus manos decidir el duelo mediático entre Kanye West y 50 Cent, subiendo en primicia a la Red el disco de uno o del otro. Menos prosaico resulta su precavido jefe en la sombra, alias Kali, la deidad anónima —de origen finalmente hindú, como descubrió el FBI al cazarle— en la cúspide de una comunidad secreta que hizo perder millones de dólares a la industria del espectáculo. Al final, Witt reconoce que los discos duros que albergaban los cien mil mp3 bajados desde sus años universitarios eran un engorro y acabó destruyéndolos. Está suscrito a Spotify. **IGNACIO JULIÀ**

